

Vivir morir, analizar

*Gladys Tato**

Introducción

El diccionario define «malestar» como molestia, inquietud física o espiritual. La propuesta de este Congreso evocó en mí lo que fue uno de los momentos de mayor «malestar» como analista, la muerte de una paciente en análisis. La inquietud que esa experiencia me provocó contrasta con la amenazante quietud, la inmovilidad que es la muerte.

Sacudida en mi persona y en mi lugar de joven analista, a pesar del tiempo transcurrido y de sucesivas resignificaciones del hecho acaecidas en mi interior, no se ha aquietado mi malestar. La bibliografía que posteriormente consulté no calmó mis Inquietudes, me encontré compartiendo preguntas más que obteniendo respuestas. Esta experiencia me hizo reflexionar mucho sobre esta dimensión particular del análisis de un paciente que se muere, desde la práctica y la teoría.

Intentaré en estas líneas poner en palabras las vicisitudes del vínculo analítico en el último mes y medio de vida de mi paciente, desde la transferencia-contratransferencia.

Momentos del análisis

Cuando abrí la puerta del consultorio para recibir a Isabel, en la primera sesión, luego de las vacaciones, vi la muerte reflejada en su rostro. El pronosticado desenlace anunciado desde hacía más de un año, había llegado. Sentí el impacto de su mirada en la mía, que me decía en su conciencia de ese hecho, angustiante, despojadas ambas, en ese instante, del mecanismo de la renegación.

* Br. Artigas 490, Montevideo 11300

Se recuesta en el diván y dice:

P. «En tantos años de psicoanálisis no he logrado aprender a vivir, quisiera ahora poder aprender a morir».

Minutos de silencio, inquietantemente poblados de imágenes, sensaciones, recuerdos, que me parecía imposible poder decodificar y dejar emerger como algo pasible de ser representado.

Rescatándome del Impacto paralizador de sus palabras lo primero que emergió en mí fue: «¡como sí yo supiera!».

Instalada en la más intensa de las impotencias, que no pude tolerar, pase rápidamente a una salida maníaca y omnipotente y me encontré a mí misma exigiéndome poder dar respuestas a su demanda. El absurdo de esta aspiración era tan paralizador como la vivencia inicial. Sentí después que su exigencia estaba cargada de reproches al psicoanálisis que no la había ayudado a vivir. Era también un reproche a mí. El psicoanálisis y yo éramos ambos objetos persecutorios que intentaban ser ahora idealizados ya no para asegurar la vida, ahora, por lo menos, enseñar de la muerte.

Creo que algo de mí enganchó con el idealizado reclamo de mi paciente y me encontré por un instante reclamando también por una enseñanza no recibida; enojada con una teoría que en ese momento no sentía ni sostén ni baluarte. Seminarios, supervisiones, transcurrían agredidos dentro de mí por no venir en mi auxilio... Y el análisis..., y la muerte de mi analista cuando yo era su paciente... y la muerte de mi primer supervisor..., y la muerte de... y la muerte, la muerte una y otra vez. Finitud que me golpeaba reiteradamente y una sola posibilidad: la aceptación del encuentro.

Pude luego de esos eternos instantes decir algo que contenía parte de mi vorágine Interior:

A: «Es tan intenso y tan grande el impacto de lo que está pasando que desearía que yo supiera, que yo pudiera enseñarle de este desconocido camino».

Sentí una sensación de alivio, una sensación de haber salido de mi paralización inicial, y sus palabras lo confirmaron:

P. «Quiero seguir viniendo acá, para no estar sola, para aprender a enfrentarlo, para decirle que tengo miedo, que me muero y tengo miedo».

Nos internamos ambas en ese desconocido «espacio» hacia un fin que

encierra una paradoja: la certeza y al mismo tiempo la incertidumbre, certeza del fin próximo de la vida e incertidumbre de la nunca experimentada muerte. Creo que ocurrió en mí la primera etapa de la aceptación de esta desconocida intrusa, en el análisis que, como una especie de tercero sería a veces incluido y a veces excluido.

Me ubiqué en una actitud, que de ahí en más traté de mantener hasta el final del análisis. Estuvo centrada en acompañar a mi paciente en las vicisitudes de su particular, única, e irrepetible manera de encuentro con la muerte.

Lograr esa permeabilidad ante tales vivencias me exigió una permanente e intensa decodificación de la contratransferencia que tocaba de lleno la aceptación de la posibilidad de mi propia muerte.

Fue desde este lugar que sentí que el análisis adquiriría una nueva y desconocida dimensión, que me colocaba como nunca en el lugar del desconocimiento, de la falta, de la finitud.

Procesar ese lugar particularmente difícil, fue esencial y es lo que creo que posibilitó que el análisis siguiera siendo análisis. Me sentía entre oscuridad y nebulosas donde la única claridad posible era llegar a poner en palabras preguntas, tantas preguntas...

P: (de costado en el diván en posición fetal) «Recién tuve la ilusión de que papá y mamá estaban acá».

Ilusión, deseo imposible de un reencuentro en un más allá, ilusión de una circularidad del tiempo... Resonaron palabras de mi hijo...: «*mamá cuando tú seas chiquita y yo sea tu mamá..*»

Isabel chiquita e indefensa con la ilusión de un volver a nacer, regresión fatalmente tanática que dramatizaba y expresaba el fin de su largo drama melancólico.

A:«¿Ilusión?»

P: «Pensar que quería estar con ellos y ahora que me muero como papá y como mamá, quisiera poder creer que los veré». Lloro.

Reconocimiento angustiante de la pérdida, renuncia a la ilusión de un más allá, de un ayer al que no se retorna, de un futuro que no es reencuentro. Volvían insistentemente palabras de mi hijo... ‘¿*mamá por qué la vida no es como los autos, que tienen reversa?*’.

Comprendí que las «adultas» formulaciones de mi paciente, así como las sabias palabras de mi hijo, eran terribles verdades que siempre nos enfrentan al dolor y a la indefensión.

Rescaté mi presencia actual colocándome en el lugar de analista madre, viva, ilusión posible sólo desde la transferencia e interpreté en ese sentido. Ella me respondió:

P: «Me siento chiquita sola e indefensa. Tengo miedo, ¿porqué la muerte? ¿por qué? ¿me va a acompañar hasta el final?».

Reconocido destino final del tránsito por la vida, la muerte.

Nunca se había sentido acompañada y ahora expresaba con una intensa demanda que no la dejara sola en este último tramo.

En otra sesión:

P: «Me imagino mívelorio, la gente alrededor, mis hijas, mi marido,...».

Ese terrible final «lo irrepresentable» intentaba ser escenificado. Como un condenado que no se entrega, se intenta sobrevivir a su propia muerte Imaginándola.

Tal vez también, como una macabra forma de reconocerse aún viva porque podía pensar su propia muerte. Fantasías que eran a la vez aceptación y renegación. Me llamó la atención que a sus hijas, a las que siempre llamó nenas, adquirirían ahora reiteradamente la denominación de hijas. Fue eso una proyección ¿expresión de un crecimiento de la nena que había en ella? Fue un reconocimiento de la identidad más adulta de sus hijas, ¿frente a la inmediatez de su muerte?

Durante el relato de sus fantasías en torno al velorio me encontré ubicada por momentos en un lugar identificatorio con mi paciente desde el cual la acompañaba en esa recorrida por la escena. ¿Era yo analista, en mí relación con ella, que me imaginaba muerta? En ese transcurrir vinieron a mí los versos de Machado:

«¿Quién pondrá fin a mi diario al caer la última hoja en mi calendario?».
¿Qué pasa en la vida después que uno se muere?

Muchas veces síntomas, fantasías, estados depresivos, me alertaron sobre aspectos identificatorios con mi paciente, me angustiaban mucho, como si tuviera el temor de ser arrastrada por ella hacía la muerte. Rescatarse de eso era preservarme viva, algo que fue sentido por mí en algunos momentos como un triunfo culposo. Inesperadamente me encontré que en esa escena yo podría

estar colocada entre los asistentes al velorio, algo omitido por la paciente. Esto hubiese implicado el reconocimiento de mi persona separada de ella, viva después de su muerte.

Esta fantasía debe haber generado en mi un sentimiento de culpa que detonó la emergencia de un penoso recuerdo, que fue evocado por mí con gran angustia; yo no había podido asistir al velorio de mi analista (me enteré demasiado tarde de la noticia de su muerte).

La realidad de la pérdida es lo que pone en marcha el mecanismo del duelo, sentí que podía existir en la paciente la «necesidad de verse muerta», en un intento de elaborar y aceptar su propia muerte y así se lo interpreté.

Esto dio lugar a un largo pero sereno llanto que yo acompañé en silencio.

A la sesión siguiente:

P: «Me muero, lo siento, lo sé».

A: Silencio.

P: «¿No me dice nada?».

A: «Necesita que le hable, si no teme que yo esté muerta».

P: «Usted está viva, viva, (llorando de rabia), usted no necesita enfrentar la muerte, usted tiene la vida»,

A: «Tiene rabia contra mí como sí sintiera que su vida la tengo yo y la guardo para mí, para seguir viviendo».

P: «El otro día se operó un amigo de mi marido, quería que él se muriera, para no ser la única».

A: «Querría que yo me muriera, Largo silencio».

P: *«No sé cómo puede, como puede escucharme... pero por suerte alguien puede».*

A: «Teme dañarme con todo esto, pero si lo dice es porque siente que puedo escucharla».

Fue un momento de una larga condensación de significados y afectos. Pudo largar su rabia contra mí, rabia que pude contener.

Por mí parte creo haber logrado salir del omnipotente lugar de ser responsable de su vida para ubicarme en el lugar de depositaria y continente de su dolor.

Me sentí atacada por la paciente, pero también cuidada, temerosa de dañarme. Pareció la expresión de un valioso momento depresivo de mayor integración.

En las últimas sesiones entraba en momentos de letargo que yo acompañaba en silencio como velando anticipadamente su muerte. ¿Qué hacía?, ¿cuál era el sentido de mi presencia en esos momentos?

Recordé que en mi adolescencia pasé largas noches cuidando a mi abuela en su agonía final y en una oportunidad abrió los ojos, me miró y sonrió como agradeciendo mi presencia, sentí que ese era el sentido: estar presente. A veces decía, para luego volver a cerrar los ojos:

P: «¿Vio como me voy quedando dormida?... ¿está ahí?».

En ese último mes y medio asistió a todas sus sesiones, mientras le fue posible. A pesar de sus dolores y de la necesidad de ser ayudada para trasladarse, concurrió a mí consultorio.

Posteriormente yo iba a su domicilio. Me impresionó el cuidado por nuestro espacio, avisó en su casa la hora que yo llegaría y pidió no ser molestada hasta el final de la sesión.

P: *«El otro día miraba el tapizado de esos sillones, me vinieron las ganas de mandarlos arreglar, cambiar el tapizado, más alegre, más colorido... ¿Qué tonta no?».*

¿Sería tonta yo también? La conciencia de la inminencia de la muerte parecía quitarle sentido a la vida, pero tal vez justamente la muerte hace que la vida sea lo que es. El deseo es expresión de vida, sentí qué tonto hubiese sido acallararlo antes de tiempo.

En la última sesión, luego de un momento que parecía dormida, abre los ojos y me relata el siguiente sueño:

P: «Estábamos Ud. y yo en la habitación de al lado, la de mis hijas, íbamos a salir juntas de esa habitación, y yo le preguntaba: ¿apago la luz o la dejo prendida? Usted no me decía nada».

A: Desearía que yo tuviera el poder de decidir cuando la luz se apaga.

P. «¡Pero quién sabe cuando se va a apagar!».

Le señalé que si bien yo no le contestaba, estaba junto a ella. Trabajamos más cosas sobre ese sueño, pudo hablar de sus hijas y de la vida que tenían por delante.

Al final de la sesión le di la mano, cuando nos miramos ambas supimos que era la despedida.

Antes de salir como confirmando este hecho me dijo:

P: «Quiero pedirle que transmita a mi familia algunas cosas que desearía

ellos hicieran, ahora no podrían escucharlas».

A los dos días me avisaron que Isabel estaba en coma.

Moría ella, moría yo como su analista en mi vínculo con ella, de ahí en más me aguardaba un doloroso, largo, y difícil duelo.

Bibliografía

1. CAROTENUTO, Lidia. *La muerte*. Trabajo presentado el 10.11.88 en el Centro Weizsaecker, de Buenos Aires.
2. DUPONT MUÑOZ, Marco Antonio. *El paciente que va a morir*. Revista de Psicoanálisis. 1974. Octubre-diciembre, tomo XXXI, N° 4, Buenos Aires.
3. FREIRE DE GARBARINO, Mercedes. *Reflexiones sobre la muerte*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo XV, año 58.
4. GIL, Daniel. *La vida, la muerte, la pulsión*. Ed. Eppal, 1989.
5. GRINBERG, Julia. *Sobre la aceptación de la propia muerte*. Revista de Psicoanálisis. Vol. V N°1, 1983.
6. GRINBERG, Julia. *El psicoanalista y el paciente con compromiso orgánico importante*. Revista de Psicoanálisis. Setiembre-octubre. Tomo XXXVI, N°5, 1979, Buenos Aires.
7. PORRAS, Luz M. *Analizando*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, Nos. 72-73, 1991.